

mismo tiempo que el gobierno proponga las medidas mas prontas para la seguridad del Estado, se suplique al emperador mantenga la completa y constante ejecucion de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía nos parece la mas eficaz para devolver á los franceses la energía necesaria para su propia defensa.

«Queremos enlazar al trono y á la nacion para reunir sus esfuerzos contra la anarquía, contra la arbitrariedad y contra los enemigos de la patria....»

«Si el primer pensamiento del emperador en circunstancias graves ha sido llamar en derredor del trono á los diputados de la nacion, ¿no es nuestro primer deber manifestar al monarca la verdad y el voto del pueblo por la paz?....»

La espresion de los *diputados de la nacion* era una revolucion completa. El 18 brumario volvía á aparecer y se vengaba con una palabra.

XIX.

Era la primera vez que Napoleon encontraba un alma insurreccionada contra su voluntad, desde el dia en que todo lo habia agobiado con el cetro. Hubiera valido mas que aquella queja, proferida en un grito nacional, se hubiese elevado en los momentos en que oprímia al mundo, que cuando declinaba hácia su catástrofe, en que la misma Francia caía con él. Pero Mr. Lainé no era culpable de ninguna de aquellas adulaciones cortesanas. Su alma habia sido una constante censura contra la degradacion civil en su pais: tenia el derecho de decirlo todo y á todas horas: lo decia como hombre libre y no como tribuno. Por otra parte, las naciones, cuando se

sobreponen al poder que decae no son generosas, sino lo han sido con ellas. Se aprovechan de la debilidad de sus tiranos para odiar la tiranía. Esto no es sin duda unanimidad, pero es el destino.

XX.

Napoleon conoció que no era ya Napoleon si aquella voz independiente del orador del cuerpo legislativo no era al momento disipada por el esplendor de la suya. Lanzó un grito de furor fingido ó real: hizo resonar en su Consejo, en su palacio y en sus conversaciones la gravedad de aquel insulto. Se esforzó en hacer subir la indignacion oficial de sus cortesanos y de la nacion á la altura de su resentimiento. Intimó á sus ministros y á su servidumbre la orden de imitar y propagar el eco de su cólera. Todos levantaron el grito contra la insolencia de Mr. Lainé. Era entonces ministro de la policia Savary, duque de Rovigo, antiguo compañero de armas del emperador. Su mérito consistia en una ciega adhesion personal á los intereses y caprichos de su amo: aquella adhesion sin restricciones la habia experimentado Napoleon con servicios que pierden á la misma amistad. El nombre del duque de Rovigo figuraba en el proceso nocturno del duque de Enghien. Juzgado como un asesino, el jóven príncipe habia caído en los fosos de Vincennes á impulso de las balas de una comision militar nombrada por Napoleon. Habia sido arrebatado de territorio extranjero por un crimen contra el derecho de gentes. Su prision fué semejante á una traicion, y su muerte á un atentado: su sangre clamaba y clamará de siglo en siglo contra su asesino. Aunque Savary no hiciese mas que obedecer, hay obediencias que justa ó injustamente se llaman complicidades. Esa justicia ó injusticia de la opi-

nion, es la responsabilidad de los instrumentos de la tiranía. Sería muy cómodo servirla; si un acto fuese inocente por solo decir que había sido mandado: no es así; la responsabilidad sube y baja desde la cabeza á los miembros. No se pierde nada en el pensamiento del crimen y en su ejecución: cada gota de sangre derramada salpica el nombre, la mano y aun la gloria. Desde el primero hasta el último de los ejecutores deben dar cuenta de ella.

Savary llamó á su casa á los miembros de la comisión. Tan insolente intimación del ministro de la policía á los representantes de una Asamblea nacional, se asemejaba á un mandamiento de prisión. Al recibir aquella orden los individuos de la comisión, deliberaron si la obedecerían ó no. Algunos, presintiendo un golpe de estado contra sus personas, opinaron que debía dirigirse un manifiesto á la nación; que se convocase al Cuerpo legislativo á sesión extraordinaria para colocarse bajo la salvaguardia de la representación nacional amenazada. Aquel dictámen pareció estremado, y semejantes resoluciones desprovistas de la fuerza moral necesaria para sostenerlas. Mr. Lainé y sus colegas prefirieron correr solos los peligros de la situación.

Fueron, pues, á casa del ministro de la policía. En el semblante de aquel funcionario se veía retratado el de Napoleón: su acento era una repetición premeditada del suyo. Estuvo amenazador como para probar los ánimos: «Los descontentos, dijo á Mr. Lainé, toman vuestro nombre como enseña de revolución. Mi policía encuentra ese nombre en todas las tramas. No puede haber inocencia en palabras, que como las vuestras, escitan turbulencias.»

Al hablar así, el criado del emperador iba elevando la voz en tono de amenaza.

«Mi conciencia habla mas alto que vos,» le contestó Mr. Lainé. Aquellas palabras parecieron intimidar al ministro: bajó la voz y tomó el acento que acaricia después de haber probado en vano el que consterna. «Sois hombres honrados, dijo, y me envanecería de teneros por amigos: pero el emperador se halla suspenso entre resoluciones estremas. Le habeis irritado: habeis querido parodiar la insurrección de la Asamblea constituyente. No puede dejaros continuar en vuestras sesiones: va á marchar al ejército, y en su ausencia le destronariais. No quiere correr ese peligro. ¡Quieren á los Borbones, me ha dicho el emperador, pero antes habrá batallas como la de Vory!..»

Luego, dirigiéndose Savary otra vez á Mr. Lainé: «¿A dónde quereis ir á parar?... le preguntó con una mirada que inspiraba confianza al mismo tiempo que mandaba una confesión.

«Quiero, replicó Mr. Lainé, salvar á mi patria, ó al menos exhalar gloriosamente por la nación el último suspiro de la libertad.»—«Queríamos, añadieron sus colegas, que el emperador tendiese la mano á una nación prosternada para levantarla... Aquella humildad en la respuesta de los colegas de Mr. Lainé y de los representantes de la Asamblea, no pareció suficiente retractación de su audacia. El ministro les prohibió reunirse y volverse á ver.

XXII.

El emperador recibió al senado, Mr. de Fontanes en el discurso que redactó, mezcló con las acostumbradas adulaciones algunas palabras de verdad, en la justa proporción que el emperador queria tener la magnanimidad

de oírlo: «Unámonos, decía el orador, en derredor de esa diadema, en que el esplendor de cincuenta victorias brilla al través de pasagera nube.»

Habló también de paz; del poder que se afirmaba limitándose, del arte de hacer felices á los pueblos, pero sobre todo de correr á las armas.

«Ya no se trata, respondió Napoleón, de recobrar las conquistas que hemos hecho. La independencia del territorio y de la paz, hé aquí nuestro grito de unión. Nuestras provincias están desmembradas: llamo á los franceses al socorro de la Francia.»

Dichas estas palabras mandó la supresion del mensaje del Cuerpo legislativo y le aplazó para otra época. Savary habia manifestado su pensamiento. No queria dejar una asamblea deliberante detrás de sí. La voz de Mr. Lainé le habia parecido un eco de 1789: sabia que devolviendo la voz á un pueblo, se le vuelve el soplo de la libertad. Al día siguiente dejó escapar el torrente de cólera que se habia acumulado en él desde la reunion del Cuerpo legislativo.

Era el 4.º de enero de 1814, día en que el ceremonial de la corte conduce al pie del trono á las corporaciones y dignatarios del país, mezclados con los cortesanos de la real persona. Los miembros del Cuerpo legislativo prorogado la víspera parecieron ante el emperador para desfilar. Los detuvo haciéndoles una señal con la mano: queria que el resentimiento contra su temeridad, resonase en la Francia y en toda la Europa. Aparentó un acceso mal reprimido de cólera; el afectado desorden de sus palabras, su rostro amostazado, y su voz de trueno, hacian á su discurso mas semejante á una improvisacion que á un cálculo. Era lo último en efecto: lo habia meditado y arreglado durante ocho días: era el discurso de la tiranía desvergonzada por la primera vez, queriendo abrumar por la audacia, la independencia que trataba de manifestarse.

«Diputados del Cuerpo legislativo, dijo concentrando sobre ellos sus fulminantes miradas, podiais haber hecho mucho bien, y habeis hecho mucho mal.»

«Las once duodécimas partes de vosotros son buenas: los demas son facciosos.»

«Os habia llamado para que me ayudáeis, y habeis venido á decir y hacer lo que se necesitaba para secundar al estrangero: en vez de reunirnos, nos dividiais.»

«Vuestra comision ha sido supeditada por gentes adictas á la Inglaterra. Mr. Lainé, vuestro relator, es un malvado. Su dictámen ha sido redactado con una astucia y unas intenciones que no habeis conocido ni debiais esperar. Dos batallas perdidas en Champaña hubieran hecho menos mal.»

«En vuestro informe habeis colocado la ironia mas sangrienta al lado de la censura. Decis que la adversidad me ha dado consejos saludables. ¿Cómo podeis echarme en cara mis desgracias? Las he sufrido con honor, porque he recibido de la naturaleza un carácter fuerte y altivo, y si no tuviese esta altivez en mi alma, no me hubiera elevado al primer trono del mundo.»

«Sin embargo, necesitaba consuelos y los esperaba de vosotros. Habeis querido cubrirme de lodo, pero yo soy de esos hombres á quienes se mata, pero no se deshonra.»

«¿Pretendiais con semejantes medios realzar el esplendor del trono? En suma ¿qué es el trono? Cuatro listones de madera forrados con un pedazo de terciopelo. Todo depende dél que se sienta en él. El trono está en la nacion. ¿Ignorais que soy yo quien le representa sobre todos los demas?... No puede atacárseme sin atacarla á ella. Cuatro veces he sido llamado por ella, y cuatro veces he ob-

tenido cinco millones de votos. Tengo un título, y vosotros no. No sois mas que los diputados de los departamentos del Imperio.

«¿Es este el momento oportuno de hacerme advertencias ó representaciones, cuando 200,000 cosacos atraviesan vuestras fronteras? ¿Es el momento de venir á disputar sobre la libertad y seguridades individuales, cuando se trata de salvar la libertad política y la independencia nacional? Vuestros ideólogos piden garantías contra el poder, en el momento en que toda la Francia solo me las pide contra el enemigo.

«¿No estais contentos con la Constitucion?... Hace cuatro meses que era necesario pedir otra, ó aguardar dos años despues de hecha la paz.

«Hablais de abusos y de vejaciones: lo sé tan bien como vosotros. Eso depende de las circunstancias y de las desgracias del tiempo. ¿Por qué hablar delante de la Europa armada de nuestros debates domésticos?... La ropa sucia debe lavarse en casa. ¿Quereis imitar á la asamblea constituyente y volver á comenzar una revolucion?... Yo no imitaria al rey que entonces existía: abandonaria el trono y preferiria hacer pueblos soberanos, á ser un monarca esclavo.»

XXIV.

Estas palabras faltaban al respeto á la nacion, y á la justicia á un hombre. *Tengo un título, y vosotros no*, en la boca de un soldado, que con la espada en la mano habia usurpado todos los títulos al pueblo francés, era la burla mas insolente que jamás habia bajado del trono sobre una representacion soberana. Pero si semejantes injurias eran despreciables en la boca de un triunfador ébrio de victorias y de autoridad, adquirian, por lo menos esta vez, cierta grandeza de audacia, con los reveses que es-

perimentaba Napoleon. Erguiase delante del infortunio y decia su última palabra á la adversidad. Esta última palabra no era una degradacion de sí mismo, sino un reto al destino, y un desprecio de la opinion. Era un atentado mas contra la soberania y la dignidad del pueblo; pero atentado que al menos tenia mucha parte de valor. Solo á sus cortesanos les pareció sublime: la generalidad de la opinion le encontró brutal é insensato. Esperaba que hiciese un grande efecto en la imaginacion de la multitud, y solo causó un grande asombro, un grande escándalo, una gran sublevacion en la dignidad ofendida del pais. Humillaba á la nacion en el momento en que mas necesitaba realizarla. Las naciones se sacrifican algunas veces en el infortunio, jamás en la humillacion. Circulando aquel discurso de boca en boca por todos los ángulos del imperio, hizo creer en esa *mansion* celeste, que precede á la caida de los hombres estraviados. Habia querido difundir el terror en las almas de sus enemigos, y solo esparció en ellas la irritacion y el desprecio.

XXV.

Mas despues de haber asombrado queria enternecer. El 22 de enero, vispera de su partida para el ejército, convocó en palacio á los gefes de la guardia nacional de Paris. La escasez de tropas y la necesidad de guarnecer, al menos por algunos dias, la capital que sus maniobras podian dejar descubierta, le habian obligado á reorganizar aquella milicia cívica, que el nombre de La Fayette y los recuerdos del 89, le hacian sospechosa. Armar la guardia nacional, era para él lo mismo que volver á armar la revolucion. Pero no pudiendo apelar al derecho, creia menos peligroso acudir á las armas de los ciudadanos. Ademas, se habia reservado el mando en

gefe de aquel ejército del hogar doméstico. En su ausencia, entregó el mando al mariscal Moncey, incapaz de fallar á su deber, y tan manejable y seguro como su espada. La guardia nacional se envanecía y honraba con obedecer á un soldado antiguo, que habia participado de la gloria, pero jamás de los desafueros de la tiranía.

Napoleon presentó teatralmente la emperatriz María Luisa y su hijo, á los oficiales de la guardia nacional. Aquella presentacion no tenia solo por objeto á Paris, sino tambien á Viena. Quería recordar al emperador de Austria, su suegro, que los golpes que sus ejércitos le preparaban iban á parar á su propia hija. Le enseñaba á su nieto en los brazos y por encima de la cabeza de los guardias nacionales. Aquella escena es una negociacion sorda, por la que esperaba encontrar complicidad en el corazon de Francisco II.

María Luisa era poco conocida de los parisienses y poco querida de la Francia. Arrancada de Viena como un despojo de la victoria, conquistada mas bien que pedida, sucesora en el tálamo del héroe de la emperatriz Josefina, que todavia vivia, y á quien sus gracias, su bondad superficial y su lijereza de alma, hacian por sus mismos defectos, mas popular, á una nacion superficial y lijera; estrangera en medio de la Francia, hablando con timidez su lengua, y estudiando con embarazo sus costumbres, María Luisa vivia encerrada y como cautiva entre la servidumbre de que el emperador la habia rodeado. Aquella córte de mugeres hermosas, recientemente tituladas, celosas por disipar todo esplendor que no fuese el de su rango y el de su favor, no dejaba entrever de la nueva emperatriz mas que la naturalidad y la torpeza propias de una muger casi niña, pero muy á propósito para despopularizarla en su misma córte, que no era otra cosa que la respetuosa calumnia de la jóven soberana. María Luisa se guarecia en el ceremonial, el retiro y el silencio, contra la malevolencia que la ace-

chaba. Intimidada por la nombradía, la grandeza y la brusca ternura del raptor en quien no se atrevia á ver un esposo, se ignora si aquella timidez podia permitirle amarle sin violencia. Napoleon la amaba por superioridad y por orgullo: era el blason de su filiacion con las grandes razas: era la madre de su hijo, la perpetuidad de su ambicion. Mas aun cuando no hacia alarde de tener favoritas, por desprecio mas bien que por virtud, se le conocian algunos caprichos pasajeros con las hermosas damas que le rodeaban. Los celos, aunque no se atreviese á acusarle, podian enfriar el corazon de María Luisa.

El público tenia la injusticia de exigir de ella los trasportes y apasionada abnegacion del amor, cuando su naturaleza no podia inspirarla mas que el deber y el respeto para con un soldado, que no habia visto en ella mas que un rehen de la Alemania y una prenda de posteridad.

Aquella especie de violencia, no la permitia desplegar sus gracias naturales, solemnizaba su fisonomia, intimidaba su espíritu y comprimir su corazon. No se veia en ella mas que una condecoracion estrangera unida á las columnas del trono. Hasta la misma historia, escrita con la ignorancia de la verdad, y bajo los resentimientos de los cortesanos napoleónicos, ha calumniado á aquella princesa. Los que la conocieron la restituirán, no la gloria teatral y estoica que se exigia de ella, sino su naturaleza. Era una hermosa jóven del Tirol, con los ojos azules, cabello rubio, el rostro matizado con la blancura de sus nieves y las rosas de sus valles, el talle flexible y esbelto, su actitud agobiada y lánguida como las de esas germanas que parecen tener necesidad de apoyarse en el corazon de un hombre, y la mirada llena de sueños y de horizontes interiores, velados con la lijera niebla de los ojos. Los labios un poco gruesos, el pecho lleno de suspiros y de fecundidad, los brazos lar-

gos, blancos, admirablemente formados, y que la caían con graciosa languidez sobre el vestido, como cansados del peso de su destino. El cuello habitualmente un poco inclinado sobre el hombro. Era la estatua de la melancolía del Norte, llevada al tumulto de un campamento francés. La supuesta nulidad de su silencio encubría pensamientos femeninos y misterios de sentimiento que la llevaban lejos de aquella corte, destierro magnífico pero muy duro. En cuanto entraba en sus habitaciones interiores, ó en la soledad de sus jardines, se volvía alemana. Cultivaba la poesía, la pintura y el canto. La educación había perfeccionado en ella aquellas habilidades, como para consolarla lejos de su país, de la ausencia y tristeza á que algun día estaria condenada. Sobresalía en todas ellas, mas para sí sola. Leía y repetía de memoria los poemas de su lengua y de su cielo. Carácter sencillo, patético, encerrado en sí mismo, mudo para lo exterior, lleno de ecos en lo interior, formado para el amor doméstico en un destino oscuro, deslumbrado sobre un trono en donde se creía espuesto á las miradas del mundo, como la conquista, no del amor sino del orgullo de un héroe. No sabia fingir ni durante la grandeza, ni despues de los reveses de su dueño: ese fué su crimen. Los personajes de aquella corte teatral querian el simulacro de la pasión conyugal en una cautiva de la victoria. Era demasiado natural para fingir amor cuando no tenia mas que obediencia, terror y resignación. La historia la acusará, la naturaleza la compadecerá.

Hé aquí el retrato de María Luisa: lo he escrito delante de ella diez años despues. En la libertad y en la viudez, habia desarrollado todas las gracias reprimidas en su juventud. Se la quiso hacer representar un papel: faltó la actriz, pero quedó la muger. La historia debe devolverla lo que la parcialidad de los cortesanos de Napoleon la ha arrebatado: la gracia, la ternura y la piedad.

Tal era la emperatriz que Napoleon presentaba á la guardia nacional de París, con su hijo, el rey de Roma, en los brazos. Aquel espectáculo era una elocuencia muda que conmovió el corazón de los parisienses. Recibieronla levantando los brazos, con exclamaciones y lágrimas; la naturaleza tenia su imperio, como el orgullo el suyo. Aquellos ciudadanos armados de la capital, se envanecian de ver á aquella hija de los Césares, confiada como un depósito á la ciudad de la revolución. Aquella señora y aquel niño, puestos á cubierto con la espada de todos, parecian haberse convertido en aquel instante, en el hogar de cada uno. Cuando el corazón desempeña su papel extraordinario en las crisis de los imperios, estalla, y lo doma todo por un momento. La oposición universal enmudeció á vista de aquella escena. La Francia se creyó un día napoleónica porque su corazón habia palpitado por una muger y por un niño. Tomando Napoleon á su hijo del regazo de su madre, le abrazó, le levantó en sus brazos con los ojos humedecidos, le puso en los brazos de los oficiales que se encontraban mas inmediatos á él, y avanzando hasta el centro del inmenso círculo que los gefes de la fuerza ciudadana formaban en derredor del salón principal de palacio, les habló con aquella voz alternativamente varonil y enternecida, en que la calidad de marido y de padre cortaba la voz al soldado. Talma, el gran escultor de las estatuas vivientes, le habia visitado la vispera: pero la naturaleza en aquel momento era un maestro mas consumado é infalible que Talma. Napoleon no tenia nada que aprender en aquella escena, mas que el modo de cubrirse los ojos: su destino le cubria bastante, su corazón hablaba mejor que su papel.

Estuvo natural, heroico, familiar: no ocultó ninguna de las eventualidades de la guerra, ni ninguno de los riesgos momentáneos que podía correr la capital. Esplendó que aquel peligro no sería mas que aparente, porque él volvería con sus fuerzas aumentadas por las guarniciones ya libertadas, y destrozaría al enemigo colocándole entre París y su ejército. «No teneis que hacer, les dijo, mas que permanecer unidos, y resistir á las tentativas que harán para separaros de mí. Os dejo á la emperatriz y al rey de Roma, mi esposa é hijo: parto tranquilo confiándolos á vuestro amor: pongo en vuestras manos lo que mas amo en el mundo.»

XXVII.

En París produjo mucha sensacion aquella despedida; le enterneció un momento como habia enternecido al palacio. Al dia siguiente se supo que Napoleon habia salido por la noche con direccion á Chalons. Se sabia que no se presentaba en el ejército sino la víspera de la batalla; pero ya no se esperaban milagros. Las campañas de Rusia, de España, y de Dresde habian amortiguado la esperanza. Escuchábase con atencion el ruido de los primeros choques: iba á abrirse la última campaña. No referiremos sus pormenores sino sus resultados: mereceria para sí sola un historiador. Napoleon fué en ella mas grande que lo habia sido en los años de su omnipotencia. No trazaremos en esta narracion su gloria como generel, sino su caida como soberano, ni nos detendremos en ella mas que lo necesario para manifestar cuanto contribuyó á la Restauracion aquella caida heroica.

XXVIII.

Un millon de hombres armados por el resentimiento de la Europa, concertados por el genio de la coalicion y

alentados por los reveses del que durante mucho tiempo habian creído invencible, entraba por cuerpos de ejército en el territorio de la Francia. El círculo de accion que todavia tenia libre el emperador se iba estrechando cada veinte y cuatro horas. Wellington bajaba de los Pirineos sobre el Mediodía con el ejército inglés aguerrido, llevando en pós de sí como auxiliares las mejores tropas de España y de Portugal. El ejército del mariscal Soult y el del mariscal Suchet volvían precipitadamente á Francia para cubrir el territorio de la patria contra aquel resflujo de dos naciones por largo tiempo provocadas. Bulma y Bellegarde, generales austriacos, á la cabeza de cien mil hombres, contenían al príncipe Eugenio, virey de Nápoles, en el Milanésado, y atravesaban los Alpes para caer sobre Lyon, por las gargantas de la Saboya. Bernadotte, Coroliano moderno, sin tener que vengar sobre su patria los daños del primer Coroliano, se habia vendido á la coalicion por precio del trono de Suecia. Guíaba ciento veinte mil hombres de todas las naciones secundarias del Norte contra la Bélgica y el Rhin, sujetas todavia á la Francia. El príncipe Schwartzemberg, generalísimo de la coalicion, y Blucher, general de la Prusia, pasaron el Rhin la noche del 31 de diciembre, y dirigían cerca de doscientos mil hombres de varias naciones hácia el pie de los Vosges, último parapeto de las tropas francesas. Cuatrocientos mil combatientes marchaban por cuatro caminos diferentes de Alemania para reforzar á los ejércitos que habian entrado en Francia. Hasta los mismos soberanos, el emperador de Rusia, el emperador de Austria, el rey de Prusia y el de Suecia, marchaban con sus tropas, como para decir al mundo que habian abandonado sus capitales por un campamento, y que no iban á hacer una campaña, sino una cruzada unánime y suprema contra el opresor del Continente.

A aquellas masas que pagaba la Inglaterra, que re-

clutaba el patriotismo, y á las que las mismas derrotas habian enseñado á vencer, Napoleon no podia oponer mas que los fatigados y divididos restos de sus ejércitos.

XXIX.

La Francia, á pesar del llamamiento que habian hecho á su patriotismo el emperador y el Senado, no se levantaba. Estaba exhausta de legiones, y queria paz y libertad. Si se levantaba, temia alzarse para el emperador y no para la patria. Estaba resuelta á no suministrar ya mas sangre á su ambicion; el largo despotismo que habia sufrido la hacia mirar con indiferencia hasta su mismo suelo. Aun en los campos se oia la impía palabra de desaliento llevada hasta el extremo de la impasibilidad: «¡Tirano por tirano!»... Los prefectos decretaban los alistamientos, y los gendarmes tenian que llevar los conscriptos á los depósitos, atados por los caminos. Apenas se veian libres se volvian á sus aldeas y sus chozas. Las provincias mas belicosas, como la Borgoña, el An-tunés y la Bretaña, ocultaban en sus bosques bandas de *refractarios*, último recurso de sus familias, y preferian la vida vagabunda á incorporarse á sus regimientos.

XXX.

Ademas, Napoleon durante los setenta dias que la lentitud y timidez de los aliados le habian dejado para tomar una resolucion decisiva, no habia adoptado ninguna. Habíanse repetido en el palacio de las Tullerías las incertidumbres é indecisiones de Moscou. Habia perdido las horas en deliberar consigo mismo y con los de-

mas, en luchar con el Senado y el Cuerpo legislativo, y en interminables conversaciones con sus confidentes. Hacia algunos años que se habia vuelto en extremo hablador, señal de decaimiento de voluntad y de accion en los hombres que por mucho tiempo han sido felices. Perdia mas tiempo en convencer que en vencer. Y luego conocia que la opinion le abandonaba cuanto mas se esforzaba en retenerla, admirándola en sus conferencias con el primero que se presentaba, ó en los artículos dictados al *Monitor*. Tenia en sí mismo su propia publicidad: nadie hablaba libremente en Francia sino él. Su vida interior era un continuado monólogo: hubiérase creído que trataba de pasar el tiempo. Parecia que aguardaba, ya de sus negociaciones, que aun no habia entablado, ya de su *estrella*, que no creia todavía apagada, no sé qué prodigio que le devolviese lo que habia perdido. Tenia la predestinacion de los hombres y de las cosas que caen, la inmovilidad del hombre ante la rapidez del tiempo.

XXXI.

Solo le quedaba un recurso á principios de diciembre. No tenia mas que examinar con ojos serenos su situacion, y en vez de continuar diseminado por los restos de sus conquistas, replegarse y concentrarse en el corazon de la Francia. Tenia en España el ejército de Suchet y de Soutt, que ascendian á cerca de ochenta mil hombres, acostumbrados al fuego y las fatigas de la guerra y mandados por generales, que como él, habian salido de la escuela de las guerras de la república. Tenia en Italia el ejército del rey de Nápoles y treinta mil hombres mezclados entonces con escelentes regimientos franceses y con oficiales superiores, tan adictos á la patria como á Murat. Cincuenta mil hombres de tropas fran-

cesas y milanesas combatían por su reino de Italia, maniobrando inútilmente al otro lado de los Alpes. La Holanda y la Bélgica, estérilmente ocupadas y á duras penas contenidas, le absorbían con sus mejores generales de segundo orden, cuarenta mil hombres. En fin, había dejado sin prevision, mas de ciento veinte mil hombres encerrados, fuera del alcance de su mano, en Maguncia y todas las plazas fuertes del otro lado del Rhin, como postes ó miras perdidas en unos caminos que ya no debía volver á ver. Componían entre todos trescientos veinte mil soldados hechos, aguerridos, disciplinados, bien armados, provistos de caballería y artillería, que reunidos á los ochenta mil hombres del interior, hubieran formado á sus órdenes, en el corazón de la Francia, un ejército de cuatrocientos mil combatientes. Había podido disponer de noventa días, en una estación favorable para la marcha y alimento de las tropas, para reunir aquellos trozos de sus fuerzas. Podía además haberlos colocado en provincias fértiles, en las orillas de los ríos que rodeaban á su capital, flanquearlos con sus plazas fuertes, enlazarlos por medio de sus grandes poblaciones y depósitos de reclutas de los cuerpos, llenarlos de su presencia, animarlos con su alma y moverlos con su genio. Cuatrocientos mil hombres concentrados, colocados y puestos en movimiento de aquel modo, atacados siempre en puntos distantes de la circunferencia, siempre cercanos al centro que hubiera apoyado cada rayo de la fuerza del núcleo, habrían conservado siempre su mismo número, y muchas veces superior al de las columnas de ataque de los aliados. Cada victoria parcial de los generales enemigos hubiera sido una victoria estéril, porque ninguno de ellos se hubiese atrevido á proseguirla en el corazón de semejante masa para ir á estrellarse y hundirse al pie de las murallas de París. Por el contrario, la menor derrota hubiera permitido á Napoleon el lanzar cien mil hombres entre los flancos ó sobre la retaguardia

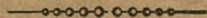
del enemigo. El tiempo y la distancia que debilitan los ejércitos de agresion, habrían aguerrido, renovado y fortificado el de la Francia: la victoria decisiva con grandes resultados ó una paz segura con grandes concesiones para la patria, hubiera sido el resultado de tal resolución. Aquel era el 92 disciplinado y aguerrido de la Francia: el patriotismo de la nacion en una sola cabeza, y sus bayonetas en una sola mano. ¿Qué no hubiera hecho un ejército desesperado, flor de los ejércitos de diez años, mandado por un héroe, y al ver bajo sus plantas el suelo y el hogar de cada ciudadano? Adoptando semejante partido, Napoleon habria sido tan prodigioso en su concentracion como en sus conquistas. Hubiera escedido al grande Federico por la inmensidad de las fuerzas de sus enemigos y del destino. Napoleon bien entrevió semejante resolución: para tomarla no se necesitaba un genio mas vasto, sino un alma mas grande que la suya. Era preciso sacrificar su orgullo á su verdadera gloria, renunciar á sí mismo para salvar á la patria, sacrificar sus coronas de familia y las provincias poseídas, para hacer á París invencible. Le faltó este heroísmo: disputó con la necesidad, pero ella no obedece sino al que se la anticipa. Llenó su alma de ilusiones y prestó horas al tiempo en contra suya. Fué tímido con los partidos estremos en circunstancias que exigian los últimos esfuerzos de carácter y de genio. El trono le habia rebajado: fué muy inferior al papel con que su destino le brindaba: faltó el hombre de Estado, pero quedaba el soldado: reemplazó en él al general.

XXXII.

Setenta mil combatientes componían el único ejército que tenia para maniobrar y combatir en el centro de la

Francia contra un millon de hombres. La victoria no podia hacer nada por tan corto número: únicamente podia gastarle un poco menos pronto que la derrota. Contaba con un imposible, ó solo queria ilustrar su última lucha. Nadie sabe lo que pasó en aquella alma endurecida ya hacia algunos años en las ilusiones. La mas verosimil es que contaba con algunos triunfos brillantes, pero pasajeros, que hubieran servido de pretexto al emperador de Austria para negociar con él. Jamás creyó que un padre deshonraria á su yerno, ni que los reyes destronarían al vencedor de la Revolución. Por lo menos no dudaba que aunque vencido y separado del trono, no trasmitiesen el imperio á su hijo.

Llegó á Chalons el 25 de enero, revolviendo en su cabeza aquellos pensamientos. Por todas las partes del tránsito fué recibido con los gritos de *¡Viva el emperador!* *¡Abajo los derechos reunidos!*... El pueblo, conmovido y descontento á un tiempo mismo, manifestaba con aquel grito su entusiasmo por el guerrero, y su cansancio de la tiranía.



LIBRO SEGUNDO.

Campana de 1814.—Plan de Napoleon.—Marcha del emperador sobre Saint-Dizier al encuentro de los aliados.—Napoleon se repliega sobre Brienne.—Reunion de Blucher y de Schwartzberg.—Batalla de la Rothiere.—Combate de Marmont en Rosnay.—Napoleon se traslada á Troyes.—Su permanencia y sus fluctuaciones en Troyes.—Congreso de Chatillon.—Caulaincourt.—Ultimatum de los soberanos aliados el 8 de enero.—Correspondencia del emperador y de José.—Blucher se repliega hácia Chalons y marcha sobre Paris.—Napoleon se dirige sobre Champ-Aubert para detener á Blucher.—Combate de Champ-Aubert.—Batalla de Montmirail.—Batalla de Vauchamp.—Napoleon retira á Caulaincourt la autorizacion para firmar la paz.—Schwartzberg amenaza á Paris y baja por el valle del Sena.—Napoleon corre á él.—Batalla de Montereau.—Napoleon vuelve á entrar en Troyes el 23 de enero.—Manifestacion realista.—Ejecucion del caballero de Gonault.

I.

Los generales que habian quedado en las orillas del Rhin sin fuerzas suficientes, procuraron cerrar al menos las gargantas de los Vosges y de la Alsacia, avenidas de las llanuras francesas. Apurados, envueltos, y comprometidos, se retiraron á paso lento hasta el otro lado de aquellas montañas. Cuatrocientos mil hombres, rusos, prusianos y austriacos, los seguían de cerca, aumentándose todos los dias con nuevas columnas que atravesaban el Rhin. Aquellos cuatrocientos mil hombres formaban dos ejércitos, uno á las órdenes de Schwartzberg, y otro á las